

EXCLUSIVA

# MI VIDA EN LA MAF



# IA DE NUEVA YORK


## Sidney Slater

*Este relato sensacional, que TRIUNFO publica en exclusiva, recuerda las famosas narraciones de Damon Runyan. Pero una cosa es leer novelas cortas pulidas literariamente, que muestran a unos tipos curiosos de Broadway, con su jerga extraña y ligeramente siniestra, y otra muy distinta esta circunstancial y detallada confesión de un delincuente que delató a sus compañeros de crímenes.*

*Aquí aparece el crimen sin barreras, la violencia a la vez implacable y casual, la extorsión, el soborno y la coacción, tratados de forma tan natural que sorprenderá al lector. Es un cuadro real de una vida existente en Nueva York, la mayor ciudad del mundo, cuya voz e influencia llega a todas partes.*

*Estos bajos fondos son una realidad: los grandes gangsters ganan sumas fantásticas y ejercen un poder fantástico: poseen ejércitos privados, libran luchas privadas ante las mismas narices de la policía, que parece impotente de reprimir sus desmanes. Estos hombres tienen oficinas y claves, se visten con elegancia, tienen sus códigos como si se dedicaran a empresas perfectamente legales, como los demás ciudadanos honrados.*

*De vez en cuando, uno de estos hombres deserta de las organizaciones secretas y hace traición, poniendo al descubierto la complicada trama del crimen y la corrupción, como en el caso de Sidney Slater, que cuenta sus experiencias de delincuente en este impresionante relato, escrito por Quentin Reynolds, uno de los periodistas americanos más famosos y experimentados.*



**DURANTE  
AÑO Y MEDIO  
HE BAILADO  
EN LA CUERDA FLOJA,  
EN CONDICIONES  
DE "MAXIMA SEGURIDAD",  
RODEADO  
DE POLICIAS  
POR TODAS PARTES.  
TODOS  
LOS GANGSTERS  
DE BROOKLYN,  
CUALQUIERA  
QUE FUERA SU BANDA,  
HAN JURADO  
MATARME  
TARDE O TEMPRANO**

**D**URANTE el último año y medio de mi vida he vivido en unas condiciones que, en la oficina del fiscal, se definen como de «máxima seguridad». Esto quiere decir que, durante las veinticuatro horas del día, iba de un lado para otro rodeado siempre por un montón de policías. No puedo ir a bailar, ni a ver un partido o un combate de boxeo, ni siquiera una película. Por la noche, tengo que resignarme a jugar a las cartas con mis «sombras». Durante la tarde, generalmente permanecemos encerrados en algún escondite y termino viendo la televisión. Si fue malo el día D en Iwo Jima —y puedo saberlo, porque estuve allí—, aquello no fue más que un juego de niños en comparación con esto.

Resulta una vida miserable pero, por lo menos, es vida y hace un año la «banda» apostaba diez contra uno a que yo estaría muerto antes de un mes. Sigo vivo porque tanto los policías como yo hemos permanecido alerta. Cuando uno se juega la cabeza contra tres millones y medio de pesetas, el precio que el Consejo de la Mafia en Nueva York ha puesto

por la mía, hay que andarse con mucho cuidado. Esto es lo que hemos venido haciendo y, durante este tiempo, la información que he facilitado al fiscal ha enviado a la cárcel a buen número de personas.

No me quejo. Tomé mi decisión a sabiendas del peligro que corría y éste es el único medio de salir de él. Durante ocho años he sido miembro de la «banda» de Joey Gallo, en Brooklyn, y aunque no maté a nadie seguí sus órdenes en todo lo demás. Quise abandonarle hace mucho, pero no sabía cómo. Tal vez no tenía valor; no son muchas las personas que han dejado una de estas bandas y viven para contarlo.

Entré en la banda de Gallo de un modo casi accidental. En 1955 me ganaba bien la vida en una empresa perfectamente legal que alquilaba a las tabernas mesas de tejo, billares americanos y otros juegos. Un día mi jefe me dijo que tenía que largarse y que se marchaba a Florida, pues la banda de Gallo había intervenido y se iba a hacer cargo del negocio.

—Habrá sacado una buena tajada —le dije con toda inocencia.

—Sidney, la banda de Gallo no

Sidney Slater, el gangster arrepentido, tiene que estar sometido a continua vigilancia por parte de la policía, a causa de las represalias anunciadas por el Consejo de la Mafia en Nueva York. Encarcelado voluntariamente, Slater vive siempre amenazado.

# 40 millones de anglo-americanos

viven al ritmo de la vida moderna con la Camisa LAVYPON Wash & Wear.

Lavada por la noche, lista al amanecer, sin plancha y como nueva.

La técnica de "MASS PRODUCTION"

permite ofrecerla al precio de 357 PTAS.



Cuello perfecto.



Puños impecables.



Se lava con lejía.



La camisa de la etiqueta escocesa.



Tejido **Lavypon** fabricado en España por:

**V** S.A. Viladomin

HACE  
UN AÑO  
LA BANDA  
APOSTABA DIEZ  
CONTRA UNO  
A QUE YO  
ESTARIA MUERTO  
ANTES  
DE UN MES



El cuartel general de la banda de Joey Gallo, situado en el 51 de President Street, Brooklyn, era una casa modesta, de apariencia inocente, que encubría el vicio y la corrupción, el soborno y el crimen, así como numerosos negocios ilegales y violentos.

paga dinero por un negocio. Simplemente, se apodera de él.

—Será mejor que me busque un nuevo empleo —comenté.

—Tal vez no —respondió el jefe—. Joey Gallo ha examinado mis libros y ha advertido que tu ruta proporciona más ingresos que cualquier otra. Le dije que eras un excelente viajante de comercio. Probablemente tendrás noticias de él.

Las tuve... al día siguiente. Me citó en el cuartel general de la banda, en el 51 de la calle Presidente, en Brooklyn. Algunos periodistas le llamaban Joey el Rubio; otros, el Loco Joey. Medía un metro sesenta y ocho y pesaba unos 75 kilos, con pelo escaso y un lunar en la mejilla izquierda. Llevaba camisa negra y corbata blanca, recordándome a cierto actor de Hollywood, aunque de momento no pude recordar a cuál. Se mostró amable, diciéndome que las cosas seguirían como hasta entonces, pero que me subía el sueldo en cien dólares semanales. Entonces debí huir, pero no lo hice. Contesté que eso me parecía estupendo.

—No ha visto una película titulada «El beso de la muerte» o «La última representación»? —me preguntó con acento casual.

—Eso es —dije—. Intentaba recordarlo. Había una anciana en una silla de ruedas y ese actor la empuja escaleras abajo. ¿Cuál es su nombre?... Richard Widmark.

—Exacto —sonrió satisfecho, ajustándose la corbata—. Es usted inteligente, Sidney. Muchas personas creen que me parezco a Richard Widmark.

Así me convertí en miembro de

la organización. Pronto averigüé que Joey Gallo estaba interesado en toda clase de actividades, legítimas o no. Era prestamista —lo que los gangsters llaman un Shylock—, tenía cierto número de negocios ilegales, poseía algunos establecimientos de apuestas en las carreras de caballos y pequeños clubs nocturnos, así como algunos pistoleros a sueldo. En aquellos tiempos era un bandido modesto comparado con Joe Profaci, el poderoso jefe de la Mafia, pero iba introduciéndose en sus dominios y ésa fue la razón de la guerra entre ambas bandas.

Pero aunque Profaci está muer-

to y Joey se encuentra entre barriles, la lucha sigue en Brooklyn. Cada semana la policía detiene a algunos bandidos, los juzga y los envía a la cárcel, pero se siguen importando nuevos pistoleros de otras ciudades y ambas bandas siguen fuertes y bien armadas. Son peores y más grandes que el antiguo «Sindicato del Crimen», la banda que operaba en Brooklyn hace algunos años. Y cuando no están liados a tiros entre sí, se dedican a buscarme.

Una vez que me uní a Joey empecé a hacer pequeños trabajos para él. Si alguien le debía dinero, enviaba a buscarme para que

me encargara de convencer al moroso, llevando conmigo un par de individuos con pistolas. Entré en esas actividades ilegales con los ojos bien abiertos. No trato de excusarme, aunque intenté hacerlo ante mi esposa:

—Nadie sufre daño con lo que hago —le dije.

—Excepto tú mismo, Sidney —me contestó tristemente.

Y un buen día se marchó con nuestra hija, abandonándome. Eso fue todo.

Así es como entré en la banda. Pero ahora voy a contar cómo salí. Cuando a un hombre comienzan a «brotarle alas» y va a

medias  
**Glory**

**DOBLE  
VIDA**

doble duración doble resistencia doble economía

las medias  
"doble filamento"



en el color de moda "ZIBELINE"

UNA CREACION  
Lacre Rojo

**JOEY GALLO  
SE ENFRENTO  
CON JOE  
PROFACI, EL  
PODEROSO  
MIEMBRO DE LA  
MAFIA,  
HACIENDO DE  
BROOKLYN  
UN INFIERNO**

confesarlo todo al fiscal del distrito, algunas personas se muestran escépticas. ¿A qué se debió mi cambio? Existen varias razones: algunas buenas y otras bastante tontas. Una de las razones fue el terrible olor de un sandwich de pescado, que llevaba una semana en mi celda de Tombs. Pero empezaré por el principio.

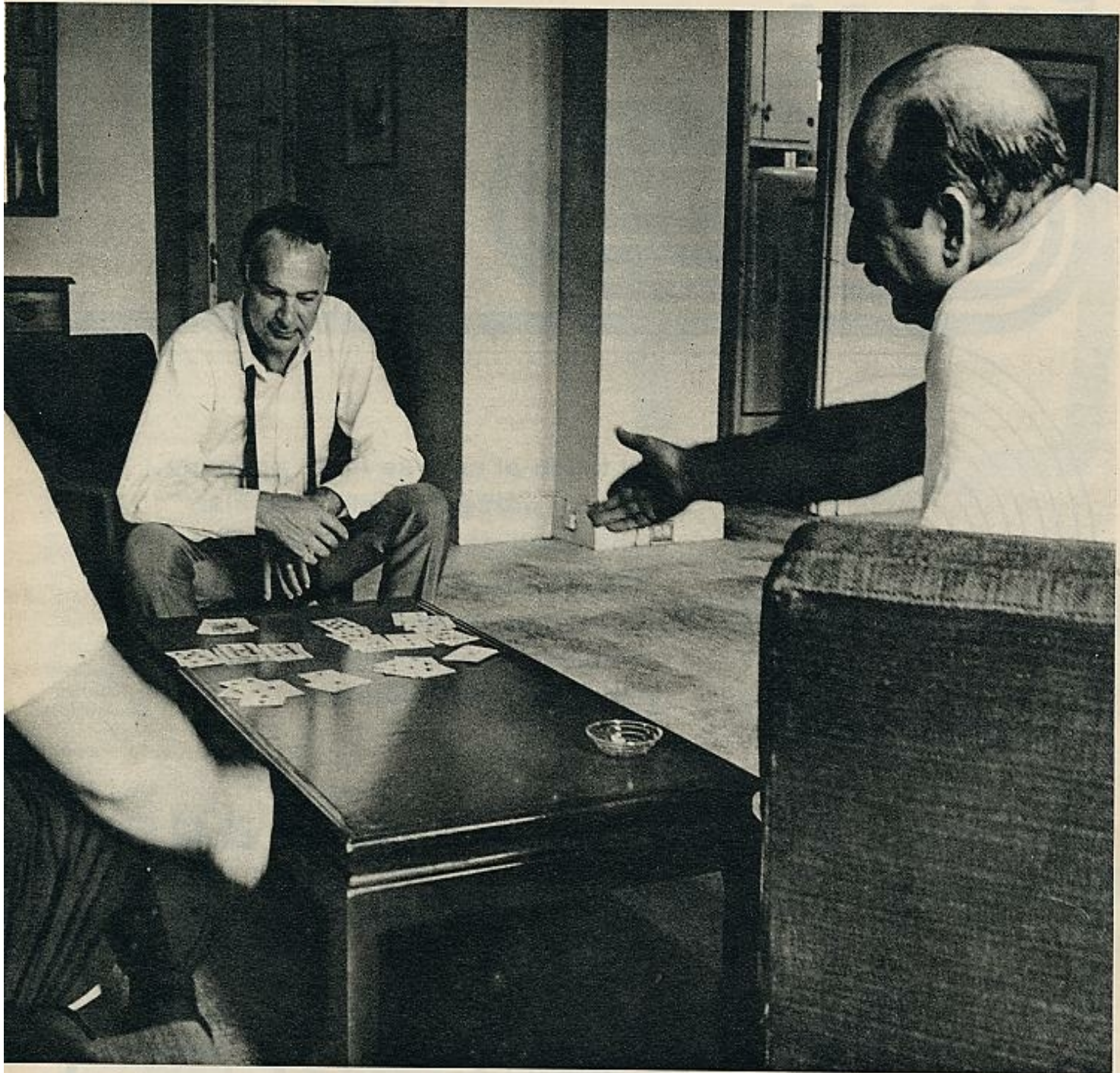
A finales de 1957 estaba totalmente comprometido con Joey y su hermano Larry, el segundo de la banda. Me había convertido en un miembro de confianza y me consideraban el protegido de Joey Gallo. A éste le gustaba apoderarse por poco dinero de pequeños clubs nocturnos y bares y luego me los entregaba para que los explotase. En el negocio recibía, en todo caso, un porcentaje de los beneficios. Finalmente me dio un local en Manhattan, en la calle 56 del Distrito Este, situada entre Park y Lexington, llamado «El Playboy». Era uno de esos lugares típicos de muchachas «gancho». Si se invitaba a una de las chicas a una copa, pedía un cocktail de champagne, que costaba dos dólares y medio (unas 150 pesetas), y le servíamos un vaso de vino del Rhin con soda.



Acompañado continuamente por la policía

Lo malo de esta clase de negocios era que Joey y sus muchachos pasaban mucho tiempo en ellos y, por supuesto, comían y bebían gratis. Aunque esto no era lo peor: los policías se mantenían alerta ante lugares como «El Playboy» y apenas veían a tipos como Joey Gallo y los de su banda, que los empleaban como cuartel general, informaban a la Policía Estatal de Licores (S. L. A.) y desaparecía la licencia.

Además, a Joey le gustaba farronear. Si había dado un buen golpe o había logrado introducirse en la vecindad de Profaci, quería contárselo a todo el mundo. Los gangsters inteligentes procu-



later tiene que cambiar con frecuencia de domicilio, para esquivar a sus perseguidores, que controlan su pista implacablemente. Por la noche, juega a las cartas con sus guardianes.

ran mantener sus hechos en secreto..., pero no así Joey.

La noche del 1 de noviembre de 1957 Joey vino al «Playboy» con Joe Jelly —que ahora está en el fondo de la Bahía Sheepshead—, Punchy Illiano, Ralph Mafri y Sonny Cammerone. Mafri, un individuo delgado, sádico, al que gustaba emplear el cuchillo, trabajaba para mí en cierto modo, pues frecuentaba el establecimiento para mantener el orden. Joey me hizo un gesto para que me uniera a su mesa. Por supuesto, tratándose de Joey tenía que llamar también a dos o tres muchachas.

Todos pedimos bebidas y, en-

tonces, Joey, riendo, dijo algo que me dejó helado:

—A partir de ahora, Sidney, puede llamarnos a los cinco el «Quinteto de la Barbería».

Seguí bebiendo, confiando en que las muchachas fueran lo bastante tontas para comprenderle. Pocos días antes, Albert Anastasia había sido liquidado en la barbería del Park Sheraton. ¿Por qué no se culpó a Joey y sus pistoleros del asesinato? Eso es fácil: nadie les vio. ¿Por qué la banda de Anastasia no los ha barrido? A eso ya no sé contestar. Incluso es posible que Joey estuviera fanfarroneando, que todo fuera una broma. Siempre ha tenido un extraño sentido del hu-

mor. Pero entonces le creí y aún sigo creyéndole.

Volví a mi habitación del hotel y me miré en el espejo. Vi el mismo muchacho que había vuelto a casa con un buen historial de guerra y se había ganado después la vida honradamente durante diez años. Y dentro me sentía el mismo hombre. Por primera vez quise abandonar aquello. Pensé en mis tres hermanos, que habían renegado de mí. Pensé en mi mujer y mi hija... Quería salir de la banda, pero no tenía valor para hacerlo.

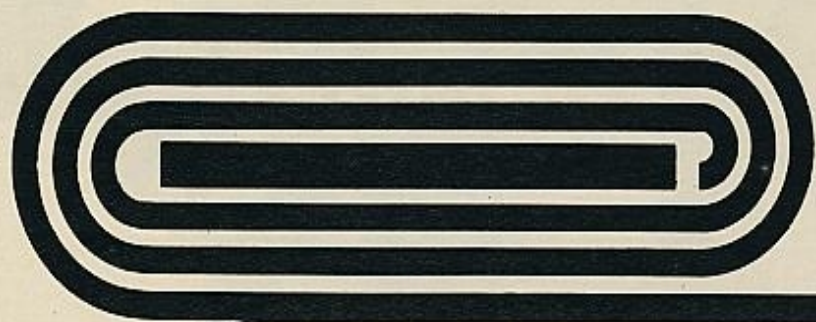
Poco después la SLA retiraba nuestra licencia para la venta de licores y Joey me encargó de un bonito bar-parrilla en la calle Li-

vingston, de Brooklyn, «Pierre's», en donde no había chicas «ganchos». Una noche estaba allí sentado con Joey Gallo y su guardaespaldas, Ali Wafa, el único hampón egipcio que he conocido. Quizá sea también el último, ya que, poco después, dos hombres le metieron tres balas del 45 en el cuerpo y moría a los dos días.

Ali Wafa no era muy hábil con la pistola o la navaja, pero sí era bueno con la cabeza. Quiero decir que tenía la cabeza más dura del mundo. Algunas veces, cuando Joey estaba de buen humor y nos encontrábamos en algún bar de ambiente amistoso, decía:

—Tráedme una tabla de cinco centímetros de grueso. Apuesto

# Esto es TEJIDO LAMINADO FOAMLAY



el tejido al cual se le ha aplicado, por un procedimiento especial, una capa de **Polyuretano**. **FOAMLAY** está unido de tal forma que en el lavado y en la limpieza queda inalterable en todas sus propiedades.

## estas son sus cualidades

LIGERO



AISLANTE



INDEFORMABLE



INARRUGABLE



IMPECABLE



TEJIDO LAMINADO



HOMOLOGADO



# FOAMLAY®

PUBLICIDAD *ian*

y... quítese un peso de encima



Algunos de los «muchachos» que formaban la banda de Gallo: su hermano Albert, Punchy Illiano y Joseph Musemecl. La mayoría de ellos han tenido un final trágico.

tres a uno a que Ali es capaz de partirla con la cabeza.

Siempre había algún primo que suponía que Joey estaba «cargado» y que sacaba unos billetes. Traían la tabla, Ali Wafa tomaba impulso y la partía por la mitad con la cabeza sin fallar una sola vez.

También he visto a Joey hacerle un gesto para que golpear a un bandido que tenía una pistola, y el loco egipcio se lanzaba sobre él y le golpeaba con su cabeza de hierro, dejando al individuo dormido y probablemente con algunas costillas rotas. Ali Wafa hizo bastantes trabajos sucios para Joey, pero nunca se los pagaron bien. Por lo visto, estimaba un alto honor trabajar para Joey Gallo.

Una noche, mientras Joey pedía a Ali Wafa que hiciera una de esas demostraciones de fuerza. Hyman Powell, uno de los últimos reclutas de la banda, entró en el local.

—Tengo un auténtico primo para ti, Joey —dijo—, un prestamista llamado Teddy Moss, que ha esparcido medio millón de dó-

lares por la calle y encuentra dificultades para cobrar. El individuo necesita músculo.

Y prosiguió:

—Este Teddy Moss tiene también trece destilerías de ginebra, que marchan muy bien. Y tiene otro negocio para el cobro de cheques.

—Supongo que quizá necesite unos socios —sonrió Joey Gallo.

Estaba de buen humor aquella noche. Ali Wafa le había iniciado en el placer de fumar «haschis» y ahora uno de sus deberes era proporcionar dicho producto al jefe.

La policía y los periódicos le llaman con frecuencia Joey Gallo «el Loco», pero, cosa extraña, nunca le he visto exaltado mientras fumaba su pipa. Tampoco tenía dificultades con la bebida. Joey era temible cuando estaba sobrio. Era sabido que Joey Gallo había matado diez u once hombres que se habían interpuesto en su camino y, por lo menos, otros tantos habían sido liquidados por orden suya. Y cuando cometía uno de esos crímenes siempre estaba sobrio.

Joey Gallo debió operar en los

años veinte. Era un tipo llamativo, al que gustaba ser visto en los clubs nocturnos y siempre con dos o tres muñequitas al lado. Quería que los demás se fijaran en él. Cuando le detenían, su fotografía aparecía en los periódicos y Joey guardaba media docena de recortes en el bolsillo.

Era un individuo que siempre se dejaba guiar por la razón. Carecía de sentimientos. Uno podía ser su mejor amigo en un momento dado, pero al minuto siguiente se veía perseguido por él como un animal. Uno de sus más viejos amigos era Joseph (Butch) Musemecl, cuya esposa era una excelente cocinera y Joey comía en su casa dos o tres veces todas las semanas. Una tarde Joey buscaba a Butch, pero no pudo encontrarle, pues se había ido a las carreras de caballos. A la mañana siguiente le esperó con algunos de los muchachos ante el cuartel general de los Gallo, en el 51 de President Street.

—¿Dónde diablos te metiste ayer? —le gritó Joey cuando apareció Butch. Y antes de que pudiera abrir la boca le golpeó, de-

**ALI ERA  
UN EGIPCIO  
QUE NO USABA  
PISTOLA:  
DEJABA FUERA  
DE COMBATE  
A SUS ENEMIGOS  
A CABEZAZOS**





**Hay muchas maneras de tener sujeto a un hombre**



**Sportex 1015**  
Con la nueva espuma azul de Nylon. Única.

**Sportex C. 71-35**  
Forma anatómica gracias a las cualidades del tul bielástico-europeo.

No lo sujete a la fuerza... ¡atraigalo!

Para ello nada como las prendas íntimas Sportex que suavizan la línea manteniendo y elevando... el encanto femenino.

Sea una Eva más atractiva y siempre tendrá sujeto a su Adán.

**Sostenes y Fajas**

**Sportex**

moldean la elegancia

Pida el catálogo ilustrado "Para nosotras" a su tienda habitual o bien a CENTRAL CORSETERA, S. A., Calabria, 206 bis - Barcelona (15)

## **MI VIDA EN LA MAFIA DE NUEVA YORK**

ribándole, mientras trataba de aprisionarle entre las rodillas. Algunos de los muchachos le apartaron, pero Butch perdió cinco dientes y tuvo que pasar una semana en el hospital.

En otra ocasión Joey, su hermano Larry, Punchy Illiano y yo nos detuvimos para recoger a alguien en «Monty's», en Carroll Street. Sabíamos que era un lugar frecuentado por los policías. Por eso formábamos un grupo tranquilo cuando un individuo que entró buscando un asiento empujó a uno de nuestros amigos y estuvo a punto de derribarle de la silla. Joey se lanzó contra él con las dos manos, arañándole y golpeándole, al tiempo que su rodilla le daba en los riñones. Sabía que era un policía libre de servicio, pero no le importó. Le derribó, casi le arrancó media oreja de un mordisco y le aplastó la nariz. Cuando temimos que iba a matarlo, le apartamos. Tuvieron que llamar a una ambulancia. Siempre hemos pensado que era malo meterse con un policía, porque una vez hecho, otros 25.000 guardias caen sobre uno, pero Joey Gallo dictaba sus propias leyes.

Cuando se trataba de dinero era muy extraño. Si quería que hiciéramos algo por él nos prometía la luna, pero nunca nos pagaba. En cambio, si daba un buen golpe, entonces repartía el dinero con sus muchachos. Quizá por eso mostraban esa fidelidad hacia él, que pocos jefes de banda han conseguido.

Peró volvamos a «Pierre's», donde Hyman Powell nos hablaba del incauto llamado Teddy Moss. Mientras Powell hablaba, Joey meditaba. Era capaz de pensar con gran rapidez cuando olfateaba mucho dinero. Se volvió hacia mí y dijo:

—Sidney, mañana coges a Al Schaeffer y Tony Leone y os entrevistáis con Teddy Moss. Averigua cómo es. Intenta obtener algo de dinero prestado o discute algún modo para relacionarnos con él.

A la mañana siguiente, Schaeffer, Leone y yo fuimos al despacho de Teddy Moss. Se encontraba en la Séptima Avenida de Manhattan, cerca de la calle 26 del Distrito Oeste, encima de una paraguitería. En el camino, Tony y yo preparamos un plan. Diría-

mos a Teddy Moss que teníamos un cargamento de licor de contrabando y que estábamos dispuestos a cedérselo a buen precio. Por ejemplo, al por mayor le hubiera costado 40.000 dólares, pero nosotros queríamos desprendernos de él y por eso se lo ofrecíamos en 20.000. Si poseía espíritu de ladrón, inmediatamente picaría en el cebo.

Quedé sorprendido al ver la juventud de Teddy Moss —más tarde averigüé que sólo tenía veintiocho años—. Me pareció el primo perfecto: fue uno de los errores más graves que he cometido en mi vida.

Se echó a reír cuando oyó nuestra oferta. No le interesó lo más mínimo. Le pregunté si no tenía necesidad de ayuda para cobrar el dinero que le debían. Le indiqué que los muchachos y yo trabajábamos para Joey Gallo. Esta noticia no asustó lo más mínimo a Moss y nos dijo que no necesitaba ayuda. Había allí otra persona llamada Mike Albergó. Parecía ser un socio de Moss y tampoco se impresionó ante el nombre de Joey ni por nuestra oferta. En resumen, nos trataron como si fuéramos tres desgraciados.

Nos marchamos calladamente, encaminándonos al restaurante de la Luna, en la calle Mulberry, para informar a Joey Gallo.

—No sé quién puede ser este Mike Albergó —dijo Joey.

Al Schaeffer intervino:

—Me suena ese nombre. Creo que trabaja en Queens. Deja que llame por teléfono.

Al Schaeffer, que sólo tenía inteligencia para coger un teléfono y marcar un número, volvió cinco minutos más tarde con la información.

—Un individuo sin importancia —dijo con desprecio—. Dirige un bar con parrilla en Queens llamado «El Zipizape». Todos le creen el dueño, pero, en realidad, actúa de pantalla de Teddy Moss. Es sólo el gerente, con un sueldo.

—Llama a este Mike Albergó —dijo Joey— y dile que se reúna con nosotros en el «Luna» inmediatamente. Y dile —añadió tranquilamente— que si no lo hace estará muerto para medianoche.

**SIDNEY SLATER**

Texto recogido por QUENTIN REYNOLDS

Exclusiva Zardoya especial para TRIUNFO en Español. Fotos Camera Press

CONTINUA: II

**MI PASO POR  
LAS "TUMBAS"**